

“Cualquiera que se dedica á enriquecer, nunca llegará á ser hombre espiritual.

“Huyan los jóvenes de la impureza y los viejos de la avaricia, y yo les prometo que serán santos.

“Dadme diez hombres que desprecien verdaderamente los bienes de este mundo, y yo me encargo de convertir con ellos á todo el universo.

“Nadie puede á un mismo tiempo ganar almas y dinero.”

CAPITULO XXII.

Admirable humildad del santo, y sus preceptos acerca de esta virtud.

LAS dignidades, á la par que las riquezas, nunca pudieron tener entrada en el gran corazón de Felipe. Venerado de grandes y chicos, amado de los cardenales y aún de los mismos pontífices, no de-

pendió mas que de su querer el colocarse en los destinos mas ambicionados de los demas; pero su humildad le puso al abrigo de estas tentaciones tan delicadas é hijas del amor propio. Ofreciéronsele algunas canongías en las principales basilicas, y las rehusó: las mitras de los mas insignes obispados y aún el capelo cardenalicio no pudieron vencer su humilde repugnancia á toda dignidad. Pero lo que no puede dejar de admirar es, su admirable industria en motivar su resistencia, de manera que no pudiera ella acarrearle algun honor. Los hechos nos van á manifestar su admirable comportamiento en tales circunstancias.

Cuando ascendió al pontificado el papa Gregorio XIV, fué Felipe á presentársele y á besar el pié de su santidad. El pontífice, luego que le vió le salió al encuentro, le abrazó tiernamente y tuvo con él una larga conversacion. En seguida fué á traer su propio birrete y lo puso sobre la cabeza de Felipe en presencia de muchas personas, y le dijo: “Nos os creamos cardenal,” y mandó á su secretario que estendiese el diploma acostumbrado. Entónces el santo le dijo al papa nó sé qué cosa al oído que le hizo reir mucho y se fué en seguida. A pocos dias llegó un prelado al Oratorio, encargado de poner en manos del santo el birrete y el diploma. Felipe respondió, que no tenía límites su reconocimiento por el honor que su Santidad se dignaba dispensarle; pero que no pudiendo aprovecharse de él por entónces, le suplicaba

lo reservase hasta el momento en que reclamase este insigne favor. Persuadido el papa que tenía algun impedimento temporal, no insistió y este negocio acabó por el olvido.

El papa Clemente VIII no dispensaba menor estimacion y amistad á Felipe que su antecesor: así es que no es de estrañar que al recibir sus felicitaciones le hubiera dicho: “Ahora sí no os escapareis de ser cardenal.” Pero el santo con su acostumbrada destreza, echó la cosa á la chanza, y con esto salió del apuro por segunda vez; pero el pontífice volvió muy pronto á la carga, como lo prueba su respuesta á una carta del siervo de Dios, cuyos dos documentos quiero copiar aquí para satisfaccion de mis lectores.

“¿Cómo es esto, Santísimo Padre, que estos ilustres cardenales se dignan honrarme con sus visitas? Dos de ellos han venido ayer á verme, como si yo fuera un personage importante, y uno, el cardenal de Médicis, me ha dado dos onzas de oro, de que tenia yo gran necesidad y que he recibido con sumo agradecimiento. Su eminencia prolongó su visita hasta entrada la noche, y alabó tanto á vuestra beatitud, que me parece haberse excedido. Como soberano pontífice debeis aventajar á todos en humildad; y sin embargo, juzgad, santísimo Padre, juzgaos á vos mismo. Jesucristo vino á verme á la séptima hora de la noche, y no era esta su primera visita, porque él viene todas las veces que quiero; y vos, Santo Padre, no

os habeis dignado parecer en esta nuestra casa una sola vez. Jesucristo es al mismo tiempo Dios, y vos no sois mas que un hombre. Yo convengo en que vuestro padre era ilustre; pero no tanto como el de Jesucristo: vuestra madre Agnesina era una santa muger; pero la de Jesus es la Reina de los ángeles. Podría yo aun decir mucho mas si la caridad no me obligara á ser indulgente. Sin embargo, supuesto que Vuestra Santidad no ha obrado bien conmigo y me debe una satisfaccion, yo exijo me la dé proporcionando lugar en el monasterio de la Torre de Miradores, á una niña de Claudio de Neri, cuya vocacion tengo por cierta: vos habeis ofrecido al padre proteger á sus hijos, y un soberano pontífice debe ser fiel á su palabra. Me pongo á los pies de Vuestra Santidad y los beso con el mas profundo respeto.”

Leyó el papa, sonriéndose, esta carta, y luego escribió en el mismo papel de su propio puño, las siguientes lineas.

“Dice el pontífice, que hay jactancia en vos en gloriaros de la visita que os han hecho los cardenales de que me habláis, á no ser que con esto hayais pretendido exaltar su humildad, que es bien conocida de todos. El pontífice añade que al negaros á aceptar la púrpura con tanta tenacidad, habeis merecido la privacion de su visita. Respecto á la entrada de la jóven en la Torre de Miradores, le parece bien que la exijais como un

derecho y con esa autoridad que os es tan propia, lo mismo que ese tono regañador que acostumbrais. En fin, él os manda á su vez que cuideis de vuestra salud, y que rogeis á Jesucristo cuando vuelva, por las necesidades del pontífice y de su Iglesia.”

Algunos meses antes de su muerte, obligado de nuevo nuestro santo á aceptar la púrpura, dijo á uno de sus discípulos, llamado Bernardino Corona. “El papa quiere precisamente hacerme cardenal, ¿qué me aconsejais?”—“Yo creo, respondió este, que deberiais aceptar esa dignidad por intereses de vuestro Oratorio.” Felipe descubrió entonces su cabeza, y levantando las manos al cielo, exclamó: “¡Paraiso, paraiso, Bernardino!”—“Perdonadme, padre mio, replicó este hombre sencillo, yo no me acordaba de esto.”

Un dia dijo á algunos de los suyos que parecian estimar demasiado las dignidades eclesiásticas: “Permitidme, hijos mios, que os manifieste mi modo de pensar sobre esto. Deseo con todo mi corazon tener las virtudes de los cardenales y obispos; pero prefiero la muerte á sus dignidades.” El abad Maffa, movido de este profundo desprecio de las grandezas humanas, dijo un dia en su alabanza lo que habia ya dicho San Gerónimo del grande Hilarion: “Que admiren en él los demas sus austeridades y milagros; yo no admiraré nunca otra cosa tanto, como el desprecio que ha hecho de las honras humanas. Esto sorprende

tanto mas, añadía, cuanto que este hombre no vive como Hilarion en los desiertos de Egipto, sino en la primera ciudad del mundo, donde por estar mas próxima la ocasion es mas fuerte la tentacion.”

Pero he aquí lo que acabó de poner en todo su esplendor la humildad de Felipe. Como fundador del Oratorio, se le habia obligado á encargarse de su gobierno, lo que parecia muy natural á todo otro que no fuera él. Le nombraron sus hijos perpétuo superior, no obstante sus reclamaciones y resistencia: mas repugnando siempre á su humildad esta superioridad, continuamente buscaba ocasion de dejarla, y creyó conseguir su intento dos años ántes de su muerte, en que volvió á renunciarla formalmente. Reunió, pues, un dia á su Congregacion y le dijo: “Ya me veis aqui perdido de vejez, incapaz de poder llevar el peso que habeis puesto sobre mis hombros: volvedme la libertad, para que pueda pensar únicamente en mi última hora. Elegid otra persona que sea mas á propósito para gobernar y hacer feliz vuestra pequeña sociedad.” Esta proposicion que dictaba solo la humildad del santo, no encontró éco alguno en aquella asamblea: todos dijeron á una voz que no tendrian otro superior que él, mientras Dios les conservase la vida. Viendo Felipe que de nada servian sus palabras, recurrió á sus amigos los cardenales Cusano y Borromeo, y les suplicó le consiguiesen de su Santidad, obligase á los pa-

dres á hacer nueva eleccion. Estos preladós creyeron no deber rehusarle un servicio que deseaba con tanta ansia: y despues de haber recibido las convenientes órdenes de su Santidad, vinieron al Oratorio, y convocaron á los padres á junta general en la que les dijeron: “Vuestro venerable superior insiste en su resolucion: el papa desea que admitais su renuncia y que penseis en otro que le sustituya. Bien conocemos cuán costoso os es este sacrificio; pero nos parece tambien que seria mucha dureza negaros á concederle esta gracia.” Los padres consideraron que debian ceder á la autoridad del soberano pontífice, y eligieron de común acuerdo, á César Baronio: pero puede decirse que esta eleccion solo fué nominal, porque nada se hacía en la casa que no se consultase como antes con el santo, cuya conducta se observó hasta su muerte.

No satisfecho Felipe con huir de toda dignidad, no omitia nada para preservar de ellas á sus Oratorianos. Por lo mismo, no permitia con gusto que frecuentasen las casas de los cardenales ni el palacio del papa. Sin embargo, uno de ellos le pedia muy seguido esta licencia, y le dijo un dia: “Tanto habeis de ir á los palacios, que al fin os quedeis en uno de ellos: pero no por eso llegareis á ser cardenal.” Esta fué una verdadera profecía, porque á pocos años despues, el papa Clemente VIII, que conocia su habilidad y prudencia, lo nombró préceptor de su sobrino Aldobrandino

que despues fué cardenal y le hizo canónigo del Vaticano, en testimonio de su agradecimiento.

No dejaba Felipe de predicar contra todo lo que excita la ambicion de los mundanos; y de aquí es que se le oía repetir continuamente: “Nada bueno hay en este mundo; todo es vanidad de vanidad y nada mas que vanidad.” Pero proferia estas sentencias con un tono tan penetrante, que causaba gran conmocion en sus oyentes, y muchos de ellos, disgustados del siglo, abrazaron el estado religioso. Decía aún, que en ninguna parte era mas necesario el desprecio de los honores y riquezas como en Roma, porque en ninguna otra parte se mostraban con mayor brillo y abundancia. Oíasele exclamar muchas veces: “Nada hay en la tierra que me deleite; el único placer que tengo en este mundo, es sentir que nada de lo que hay en él me agrada. Si los justos, añadía, pudieran librarse de los pecados veniales, no habría para ellos mayor tormento que la vida presente.”

Si alguno preguntare de dónde le venía este alto desprecio de las cosas humanas, le responderé que era deudor de él á la abundancia de luces divinas que le hacian ver las cosas tales cuales son, y al humilde sentimiento que tenía de sí mismo. Él se consideraba en efecto, y realmente así lo creía, como el mas perverso de los mortales. Por eso cuando oía hablar de algun grande crimen, decía suspirando: “¡Quiera Dios que no haya yo cometido todavía mayores faltas!” Leía frecuente-

mente la conversion de santa María Egipciaca, á la que consideraba como el modelo que debía imitar; y no había dia que no dijese á Dios de lo íntimo de su alma: “Desconfiad de mí, hoy, Señor, y cuidadme, porque soy capaz hasta de venderos como otro Júdas.” Algunas veces se le oía exclamar: Muy grande es la llaga del corazon de Jesus, y sin embargo, yo la agrandaré aún todavia, si su Magestad no se guarda de mi crueldad.” Una vez le preguntó cierta persona, cuál, era su preparacion cuando se acercaba á celebrar el santo sacrificio de la misa: “Confesar á Dios, le respondió, que por mí mismo no puedo hacer otra cosa que pecar.” De aquí es que decía todos los dias antes de comulgar: “Todo mi poder, Señor, se limitará á hacer hoy como siempre el mal, si vos no me asistís con vuestra gracia.”

Durante muchos años acostumbró decir en sus enfermedades: “Si el Señor permite que yo me vuelva á levantar, quiero mudar de conducta y convertirme enteramente.” Pero en su vejez, mas ilustrado de la divina gracia y por consiguiente mas humilde, tuvo un lenguaje muy diferente: “Dios mio, le decía, si me curais seré todavía peor de lo que he sido. Tantas veces me he resuelto á mejorar de vida sin hacerlo, que ya no me atrevo á contar conmigo mismo.” Sus confesiones eran acompañadas de abundantes lágrimas, y al terminarlas, decía por lo comun: “En fin, no he hecho hasta aquí bien alguno.” Cuando llegaba á

ver á algunos niños ó jóvenes, no dejaba de decirles: “Usad bien del tiempo que teneis de vida; á mí me pesa mucho de no haberlo hecho así.” Decía tambien á los religiosos: “¡Qué dichosos sois en haber dejado el siglo! yo no he tenido valor para ello y me veo reducido á envidiar vuestra dicha.” Muchas veces se le escapaban estas expresiones: “A la verdad, desespero de mí.” Esto dió lugar á una pequeña aventura muy interesante. Se encontró un dia con dos religiosos de Santo Domingo, y les dijo: “Permitidme que pase adelante; porque estoy desesperado.” Y al decir esto, hizo un movimiento para huir de ellos. Los Dominicos tomaron la cosa seriamente, le detuvieron del hábito, y se pusieron á aconsejarle que tuviera paciencia. Viendo el santo la inquietud que les habia causado, les dijo sonriéndose: “Perdonad, mis padres, mi imprudencia; es cierto que desespero de mí; pero no por esto dejo nunca de esperar en Dios.” Un corazon tan humilde como el suyo no podia dejar de aborrecer en extremo la vanagloria, manifestando este sentimiento siempre que las circunstancias lo permitian. “Padre mio, le dijo un dia, una señora piadosa, dadme os suplico, alguna cosa que haya sido de vuestro uso: la tendré como una reliquia: porque yo sé bien que sois un santo.”—“Me conocéis muy mal, respondió todo turbado: tan poca verdad es que yo soy santo, que antes por el contrario, soy un demonio.” Era una enfermedad